

OCTAVIO RUIZ-MANJÓN

ALGUNOS HOMBRES BUENOS

Historias de mujeres y hombres que pusieron la justicia
por encima de las ideologías durante la Guerra Civil



OCTAVIO RUIZ-MANJÓN

ALGUNOS HOMBRES BUENOS

Historias de mujeres y hombres que pusieron
la justicia por encima de las ideologías
durante la Guerra Civil


ESPASA

© Octavio Ruiz-Manjón, 2016
© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Fotografías de interior: página 33: archivo personal de autor; página 47: EFE; página 63: © Vidal-EFE; página 81: AESA; página 95: EFE; página 103: © Jaime Pato; página 135: © Hermés Pato/EFE; página 143: EFE; página 153: © Vidal-EFE; página 173: © KEYSTONE; página 191: Centro Documental de la Memoria Histórica; página 199: AESA; página 207: © Oronoz-Album; página 217: © Oronoz-Album.

Depósito legal: B. 459-2016
ISBN: 978-84-670-4668-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

A MODO DE INTRODUCCIÓN (TAL VEZ DEMASIADO PERSONAL).	13
1. EN EL PRINCIPIO FUERON LOS MILITARES	29
2. ANTONIO ESCOBAR. GUARDIA CIVIL, CATÓLICO Y REPUBLICANO.....	33
3. LOS POLÍTICOS, RESPONSABLES.....	43
4. JULIÁN BESTEIRO. UN IMPERATIVO MORAL DE LEALTAD CON EL PUEBLO DE MADRID	47
5. MELCHOR RODRÍGUEZ. DE TORERO Y PRESIDARIO, A CARCELERO HUMANITARIO.....	63
6. JUAN PESET. MÉDICO, RECTOR Y DIPUTADO	81
7. MANUEL DE IRUJO. LAS BUENAS INTENCIONES DE UN CATÓLICO VASCO.....	95
8. JULIÁN MARÍAS. ILUSIONES JUVENILES TRUNCADAS	103
9. MUJERES EN LA SOMBRA.....	115
10. MERCEDES SANZ-BACHILLER. VIUDA CORAJE	135
11. LUIS LUCIA. ENCONTRAR LA LIBERTAD DENTRO DE UNA PRISIÓN	143
12. MARCELINO OLAECHEA. VOCES CRISTIANAS EN LA IGLESIA.....	153

ÍNDICE

13. MANUEL DE FALLA. UN MÚSICO EN ANGUSTIADO SILENCIO.....	173
14. RAMÓN RUBIO. UN MÉDICO AMANTE DE LA ESTADÍSTICA.....	191
15. RICARDO AMOR. UN ANARQUISTA DE DIFÍCIL CLASIFICACIÓN	199
16. ANTONIO MACHADO. UN POETA EN EL TURBIÓN	207
17. MIGUEL DE UNAMUNO. EL SOLITARIO DE SALAMANCA ...	217
BREVE COLOFÓN	229
BIBLIOGRAFÍA	233
ÍNDICE ONOMÁSTICO	245

1

EN EL PRINCIPIO FUERON LOS MILITARES

El levantamiento de una parte del ejército el 18 de julio de 1936 tuvo muchas de las características de los pronunciamientos del siglo XIX español, con los que se trataba de reclamar el poder mediante la amenaza de la fuerza militar. El objetivo solía ser la rectificación de la política del Gobierno, sin que hubiera un verdadero propósito de cambio de régimen.

Tras el largo paréntesis de hegemonía del poder civil establecido por Cánovas —pese a que su régimen tuviera también su origen en un pronunciamiento—, el intervencionismo militar se hizo mucho más presente desde los inicios del reinado de Alfonso XIII, con la reivindicación de la jurisdicción militar para determinados delitos y, más abiertamente aún, desde 1917, con el establecimiento de las Juntas Militares de Defensa, que condicionaron decisivamente los últimos Gobiernos de la monarquía. El golpe de Estado de Primo de Rivera, que dio paso a una dictadura de seis años, fue también un pronunciamiento de corte clásico, como también lo fue el fallido intento del general Sanjurjo en agosto de 1932.

Después de las elecciones de febrero de 1936, en las reuniones previas a la sublevación de parte del ejército, los generales

conspiradores habían adoptado el criterio de mantener la República y respetar la Constitución, aunque se proyectase la convocatoria de unas nuevas Cortes Constituyentes y se reclamase un Estado fuerte y disciplinado¹. Por lo demás, el pronunciamiento de julio de 1936 no contó con el apoyo unánime del ejército, aunque sí el de sus unidades más operativas. Todos los generales de división, menos Cabanellas, se mantendrían leales al Gobierno de la República, aún a costa de su vida en algunos casos, y lo mismo podría decirse del conjunto de los generales, que se decantaron abrumadoramente a favor de la legalidad republicana. Sin embargo, la sublevación contaría con un mayor apoyo entre los comandantes y los capitanes, mucho más críticos hacia el comportamiento de los dirigentes republicanos.

Como pronunciamiento militar, la sublevación del verano de 1936 fue un fracaso, sobre todo por la oleada de violencia que se desencadenó en los meses siguientes, que puso a muchos militares españoles en una tesitura sumamente delicada². Quienes apelaron a la obediencia debida para mantener su lealtad al Gobierno se encontraron en muchas ocasiones con un pelotón de fusilamiento mandado por los sublevados. Es lo que les ocurriría a los generales Batet (Burgos)³ y Salcedo Molinuevo (La Coruña), por hablar solo de los generales que estaban al frente de las divisiones orgánicas —eran los antiguos capitanes gene-

¹ Javier Tusell, «La evolución política en la zona sublevada», en Santos Juliá (coord.), *República y guerra en España (1931-1939)*, Espasa, Madrid, 2006, pág. 366.

² Carlos Navajas Zubeldia, *Leales y rebeldes. La tragedia de los militares republicanos*, Síntesis, Madrid, 2011, págs. 131-132.

³ Gabriele Ranzato, *El gran miedo de 1936*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014, pág. 13.

rales— que había en España el 18 de julio de 1936. Ambos fueron fusilados en los meses siguientes al inicio de la sublevación. A ellos les acompañarían otros generales que ocupaban puestos clave de la organización militar, como Núñez de Prado (director general de Aeronáutica), Romerales (jefe militar de la zona oriental de Marruecos), Campins (gobernador militar de Granada), Caridad Pita (gobernador militar de La Coruña) o el contraalmirante Azarola (segundo jefe de la base de El Ferrol). No les fue mejor a los generales que quedaron en el bando republicano, pues fueron treinta los que encontraron la muerte durante el conflicto bélico. Entre los dos bandos, la Guerra Civil provocó la desaparición de un tercio de los generales y almirantes que había en España antes de la sublevación.

En esas condiciones no resulta fácil distinguir actos individuales en los que hubiera una clara voluntad de oponerse a la violencia que se desbordaba en aquellos días. Cualquier teniente podía convertirse en «señor» de la vida y de la muerte y, aunque no faltan testimonios de comportamientos humanitarios entre los militares de ambos bandos, resulta bastante complicado singularizarlos, salvo en el caso de quienes optaron por hacer honor a su compromiso de lealtad con el Gobierno de la República, aunque sus convicciones personales estuvieran alejadas de las últimas medidas adoptadas por esta. Este sería el caso del coronel de la Guardia Civil Antonio Escobar Huerta, al que dedicamos un capítulo en este libro.

Por otra parte, desde el momento en el que el pronunciamiento militar se transforma en una verdadera lucha armada, los márgenes de actuación de los militares quedaron condicionados por las exigencias de la disciplina, lo que no significa que fueran menos sensibles a los sentimientos humanitarios. Es lo que podría decirse del coronel Yagüe, tan denostado por su actua-

ción al mando de la columna que operó en Extremadura durante el verano de 1936 —especialmente, durante la ocupación de Badajoz—, pero al que Julián Zugazagoitia reconoce «independencia de juicio para honrar el heroísmo de los republicanos»⁴. En los momentos finales del conflicto, el mismo Yagüe, como veremos, trató de salvar la vida del coronel Escobar, facilitándole la huida a Portugal.

El ejército en su conjunto resultó un mundo complejo y abigarrado en el que la falta de unanimidad de la oficialidad se veía acompañada por unos soldados que, en muchas ocasiones, tuvieron que luchar en uno u otro bando sin que sus convicciones fueran tenidas en cuenta. Junto a los que fueron voluntarios —mucho menos numerosos de lo que a veces se ha pensado—, hubo una gran mayoría que tuvo que luchar en un bando determinado porque estaban ya alistados o porque fueron objeto de movilización en la zona en la que residían. A este fenómeno a menudo se le ha definido como «lealtad geográfica»⁵. Es decir, criterios estrictamente geográficos determinaron un elevado número de desertores que, con frecuencia, llevaban tras de sí unos profundos desgarros morales y afectivos⁶. Porque el fenómeno de la deserción se produjo en ambas direcciones, aunque sean más conocidas las que se dirigieron hacia el bando que, a la postre, resultó vencedor.

⁴ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, ob. cit., pág. 61.

⁵ Pedro Corral *Desertores...*, ob. cit., pág. 82.

⁶ *Ibíd.*, pág. 17.

2

ANTONIO ESCOBAR

GUARDIA CIVIL, CATÓLICO Y REPUBLICANO



La formación de guardias civiles avanzaba por la Vía Laietana de Barcelona, en las primeras horas de la tarde de un caluroso 19 de julio, en dirección a la Consejería de Orden Público de la Generalidad de Cataluña. Al frente marchaba el coronel Escobar, cuidadosamente uniformado, que dio la voz de alto cuando se percató de la presencia de Lluís Companys, presidente de la Generalidad. Escobar se volvió hacia él y le saludó militarmente:

—¡A sus órdenes, señor presidente!¹ —dijo.

Eran momentos de altísima tensión; la sublevación militar aún no estaba decidida y el saludo de esos guardias civiles constituía un inmenso alivio para las autoridades republicanas.

Pero la escena encerraba otro significado más profundo si cabe: aparte de su condición de guardia civil, el coronel Escobar era una persona de arraigadas convicciones morales que entendía que su obligación era la de apoyar a las instituciones legítimas de la República. Además, Escobar tenía unas sólidas creencias reli-

¹ Daniel Arasa, *Entre la cruz y la República. Vida y muerte del general Escobar*, Styria, Barcelona, 2008, pág. 132.

giosas y, como católico convencido, vivía intensamente la religión y colaboraba asiduamente en multitud de obras de caridad. Sin embargo, esta circunstancia no afectó a su comportamiento en aquella hora, cuando la explosión antirreligiosa apenas se había hecho notar en las calles de Barcelona, y tampoco lo hará después, cuando se vea obligado a compaginar sus convicciones más íntimas y profundas con la lealtad a la causa republicana.

En las horas siguientes de aquel 19 de julio, la columna del coronel Escobar se presentó en la Plaza de la Universidad y, posteriormente, en la Plaza de Cataluña, principal escenario de la sublevación militar. En los dos lugares consiguió que los militares sublevados se entregaran sin ofrecer resistencia. Esta escena aparece recogida en la novela *L'Espoir*, de André Malraux, donde se pone especial énfasis en el valor del coronel, «solo, entre las balas, en medio de la inmensa plaza».

Pero mientras entraba en el Hotel Colón, en la Plaza de Cataluña, Escobar, que era viudo, aún no sabía que allí encontraría al más pequeño de sus hijos, José, que se había afiliado a la Falange. El coronel logró trasladarlo discretamente al domicilio familiar y, pocos días más tarde, consiguió embarcarlo con rumbo a Italia². De regreso a la zona sublevada, el joven se incorporaría al ejército franquista y encontraría la muerte a primeros de septiembre de 1937, en el transcurso de la batalla de Belchite. Su padre tardó bastante tiempo en enterarse de la noticia.

Aquella tarde del 19 de julio la sublevación podía considerarse abortada en Barcelona, y solo quedaba un pequeño reducto en el cuartel de las Atarazanas y un grupo de soldados y oficiales de un regimiento de Caballería que había buscado refugio

² *Ibíd.*, pág. 203.

en el convento de los carmelitas, situado en la confluencia de la Avenida Diagonal con la calle Roger de Lauria. A los militares se les había unido un pequeño contingente de guardias civiles. Hacia allí se dirigió Escobar, cuya misión era hacer que los militares se rindieran.

La situación era especialmente delicada porque el convento y la iglesia estaban rodeados por un grupo muy crecido de personas, en su mayoría pertenecientes a organizaciones obreras, muy soliviantadas por la sublevación militar. Aquella muchedumbre reclamaba una acción violenta e inmediata contra los autores de la intentona golpista. La rendición del general Goded, que había encabezado la sublevación en la ciudad, y su mensaje radiofónico para liberar de todo compromiso a los militares que le habían seguido, no habían calmado los ánimos, por lo que, en el instante en el que Escobar se situaba ante las puertas del convento de los carmelitas, las perspectivas eran bastante sombrías. Escobar negoció con el coronel que mandaba la tropa y, aunque no pudo darle garantía de que preservaría sus vidas, se comprometió a acompañarlos en todo momento. También dio instrucciones para que los guardias civiles que se habían unido a la sublevación salieran del convento sin ser advertidos por la muchedumbre que se había agolpado en torno al edificio. Sin embargo, la tarea de protección de los militares sería un fracaso. Muchos de los jefes y oficiales fueron tiroteados allí mismo y la matanza continuó en el interior del convento, donde también murieron unos frailes que nada tenían que ver con la sublevación militar.

Tiempo después, cuando se celebró el Consejo de Guerra, a Escobar se le acusó de haber faltado a su palabra y de pasividad a la hora de evitar la matanza, pero ni mucho menos fue así. El coronel había conseguido proteger a los guardias civiles que

se habían unido a los rebeldes, y difícilmente habría podido hacer más de lo que hizo para salvar la vida de los que se encontraban en el interior del convento.

Los acontecimientos de aquel día de julio marcarían profundamente al católico coronel Escobar, que tenía ya noticia directa del furor anticristiano que se había apoderado de algunos sectores de la sociedad. Sin embargo, su sentido de la lealtad hacia las autoridades republicanas no se vio afectado por esos hechos, ni entonces ni durante el desarrollo del conflicto bélico.

A principios de septiembre de 1936, Escobar fue trasladado al frente de Madrid —quizá con la secreta intención de alejarlo de Barcelona— y, a finales de octubre, se distinguió en la defensa de Navalcarnero, última población en la que se intentó frenar el avance de las tropas franquistas hacia Madrid. Posteriormente fue herido en la defensa de la capital y se le trasladó a Barcelona para su recuperación.

Durante los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona —originados por el intento de afirmación del Gobierno central, apoyado por comunistas, y de la Generalitat, contra los anarquistas de la CNT y los trotskistas del POUM—, Escobar resultó herido de gravedad en un atentado, cuando acudía a tomar posesión de su cargo como delegado de Orden Público, en representación del Gobierno en Cataluña, y jefe superior de Policía en Barcelona. En esas circunstancias se aceptó su dimisión y, a finales de junio, fue ascendido a general, según se leía en la *Gaceta de la República*, «por su inquebrantable adhesión y lealtad al régimen republicano cuanto que, desde el mismo día de la subversión militar, actuó con gran eficacia y ha resultado dos veces herido en combate».

En su *Cuaderno de la Pobleta*, Azaña reconocería también los méritos de Escobar:

Escobar, el 19 de julio, decidió la jornada poniéndose con la Guardia Civil a las órdenes del Gobierno de la Generalidad. Después estuvo en los frentes de Madrid y Talavera, siendo herido malamente. Su conducta cuando el ataque a Navalcarnero fue ejemplar. Y aquí [...] Escobar no ha tenido quien le dé las gracias ni le otorgue una recompensa. La baja de Escobar fue grave contrariedad. De haber tomado el mando, las cosas habrían ido de otro modo³.

Ese ascenso, desde luego, nunca sería reconocido en el otro bando, pero el Gobierno republicano siguió demostrando su confianza en él. De hecho, poco después fue nombrado jefe de la Quinta Zona (Barcelona) de la Guardia Nacional Republicana —la antigua Guardia Civil— en sustitución del general Aranguren, que era quien la había dirigido hasta entonces⁴.

Escobar había permanecido hasta aquel momento en Montserrat, convaleciente de las heridas del atentado de mayo, pero acudió a Valencia para agradecer a Azaña su reciente nombramiento y entrevistarse con Indalecio Prieto, ministro de Defensa en el Gobierno de Juan Negrín. También debió de entrevistarse entonces con Julián Zugazagoitia, que era ministro de la Gobernación e inmediato superior jerárquico del nuevo jefe de la Guardia Nacional Republicana. Más tarde Zugazagoitia lo recordaría así:

Siempre que me visitó lo hizo para pedirme un destino activo, y su palabra, correcta y medida, tenía los acentos reglamenta-

³ Manuel Azaña, *Obras completas*, vol. VI, julio de 1936-agosto de 1940, Santos Juliá (ed.), Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007, págs. 298-299.

⁴ *Gaceta de la República* (07/08/1937).

rios. No omitía el tratamiento y se conservaba en posición militar. Para las horas que vivíamos era un anacronismo ejemplar. Con muchos anacronismos como el suyo, la guerra hubiese seguido derroteros distintos⁵.

En su visita a Valencia, el general Escobar llevó también la extraña solicitud de que se le autorizase un viaje a Francia para ir a Lourdes. La petición no dejaba de resultar peregrina —nunca mejor dicho— en aquel contexto, pero Escobar nunca había escondido su condición de ferviente católico y había hecho todo lo posible para aliviar la situación de muchos religiosos —y simples fieles— que se acercaron a él tras estallar la rebelión militar. Azaña no dejó ninguna observación especial de la entrevista que mantuvo con Escobar el 19 de agosto de 1937, aunque parece que no puso ninguna objeción al viaje a Lourdes del general, como tampoco lo harían Prieto y Zugazagoitia. El primero de ellos incluso le proporcionó algún dinero extra para el viaje⁶.

Escobar emprendió el camino hacia Lourdes a comienzos de septiembre de 1937, y lo hizo acompañado de su hijo Antonio, capitán de la Guardia de Asalto, casi por los mismos días en que su hijo pequeño, José, moría en el frente de Aragón. Antonio Escobar tenía además una hija, Emilia, que había profesado en la Congregación de las Adoratrices y residía en Italia desde antes de la guerra.

Las heridas de guerra retrasaron el retorno del general Escobar a la actividad bélica, pero en octubre de 1938 fue nombrado jefe del ejército de Extremadura con la esperanza, por parte de sus superiores, de que reactivara aquel frente tan lán-

⁵ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, ob. cit., pág. 132.

⁶ Daniel Arasa, *Entre la cruz...*, ob. cit., pág. 325.

guido y, quién sabe, intentara una penetración que dividiera el territorio franquista y aislara a Andalucía del resto de la España nacional.

Pero objetivos tan ambiciosos estaban ya muy lejos de poder lograrse. Por el contrario, los efectivos republicanos no dejaban de deteriorarse cada día, con una cascada de deserciones y frecuentes intromisiones de los asesores soviéticos. Estos hechos llevarían a Escobar a presentar su dimisión en diciembre de aquel año⁷.

No le sería aceptada y, ya en los primeros días de enero de 1939, dirigió una ofensiva que constituyó el último espejismo de las esperanzas republicanas en la guerra. En aquellas circunstancias, uno de sus escasos consuelos fue el trato con un sacerdote que estaba alistado en el ejército republicano, sin revelar su condición, que se encargó de confortar el espíritu del general entre los meses de enero y marzo de aquel año. El 29 de marzo, Escobar se entregó en Ciudad Real a las tropas de Yagüe y, pese al ofrecimiento generoso de este, que le aconsejó que alcanzase la frontera portuguesa y se pusiera a salvo, prefirió afrontar sus responsabilidades. Así se lo hizo saber a su familia en el breve mensaje que en aquel momento transmitió a su capitán ayudante: «Diles que siempre he cumplido con mi deber y que seguiré haciéndolo hasta el final»⁸.

Pocos días después fue trasladado a Madrid y recluso, primero, en la prisión de San Antón, y después en la del Paseo del Cisne (hoy Eduardo Dato), donde coincidió durante casi dos meses con Julián Besteiro. A comienzos de diciembre de 1939 fue trasladado a Barcelona, pues allí se le había incoado el suma-

⁷ *Ibíd.*, págs. 357-359.

⁸ *Ibíd.*, pág. 428.

rio judicial. Fue recluido en el castillo de Montjuic, donde se encontraría con su hijo mayor, Antonio, que también esperaba a ser juzgado. En el Consejo de Guerra, celebrado pocos días antes de Navidad, fue condenado a muerte.

Hubo numerosos intentos para conseguir el indulto, como los del cardenal Segura, de los generales Varela y Yagüe, de las monjas Adoratrices y, probablemente, del Vaticano, aunque ninguno tuvo éxito. El 8 de febrero de 1940 compareció ante el pelotón de ejecución y murió con la misma entereza con la que siempre había vivido. De hecho, cuando le comunicaron la sentencia y le solicitaron su firma, antes de la rúbrica escribió estas palabras: «Bendita sea la Divina voluntad»⁹.

Julián Zugazagoitia, un socialista que había tenido a Escobar a sus órdenes cuando fue ministro de la Gobernación y, posteriormente, secretario general del Ministerio de Defensa, trazó este perfil del coronel en un libro que redactó pocos meses después de finalizar la guerra, y que constituye uno de los testimonios más ecuanímenes de aquellos hechos:

De entre los jefes y oficiales que traté en función de mi cargo, nadie me dio tan cabal prueba de disciplinada obediencia como el coronel de la Guardia Civil señor Escobar, que, sin que le estorbase su catolicismo, se puso a las órdenes incondicionales de la República, aceptando sin la más tenue vacilación, a pesar de su edad, las comisiones más ásperas, en la primera de las cuales recibió dos balazos, que le pusieron al borde de la tumba y determinaron sus ascenso a general, y la segunda, la muerte, que le fue dada por el enemigo al hacerle prisionero¹⁰.

⁹ *Ibíd.*, pág. 491.

¹⁰ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, ob. cit., pág. 132.

En 1984 se estrenaría la película *Memorias del general Escobar*, dirigida por José Luis Madrid, en la que el actor Antonio Ferrandis interpretaba al malogrado general. La cinta se basaba en una novela de José Luis Olaizola, titulada *La guerra del general Escobar*, que había obtenido el año anterior el Premio Planeta de novela.